

DEBER DE ESPAÑA PARA CON PORTUGAL

POR

Miguel de Unamuno



ESPAÑA está moralmente obligada a ayudar a Portugal en su lucha contra el imperialismo conquistador. España está moralmente obligada a suministrar recursos de vida a la vecina y hermana república ibérica. Tenemos los españoles la obligación moral de partir con los portugueses lo que tengamos, ya que ellos luchan por ellos y por nosotros.

Portugal lucha, en efecto, por España, por aquello por lo que no sabe luchar España. Portugal lucha por libertarnos a los españoles de una lamentable España germanófila o agermanada, absolutista, imperialista, agresora.

Ahora, después del Marne, después que se ha visto claro que la Alemania agresora imperialista no lograba asentar su hegemonía y arreglar a su antojo el mapa de Europa, se han puesto a hacer arrumacos y lagoterías a Portugal, y a hablar de armonía ibérica los mismos que hace cuatro o cinco años soñaban con la conquista de Portugal. Si Alemania hubiera vencido cuando esperó vencer, ya estarían empujándonos a esa conquista fratricida los que hoy predicán belicosamente la neutralidad incondicional a todo trance y costa.

En Portugal no se puede hablar del difunto Canalejas, no se puede hablar del todavía vivo general Weyler, no se puede hablar de otros políticos españoles. Ni tampoco de aquel embajador marqués de Villalobar, que no hizo sino buscar el modo de provocar conflictos. Cuando fué imprudentísimamente nuestro buque de guerra *España* a Lisboa, fué debido a la prudencia de su comandante como se evitó algún grave conflicto. Imitó a Prim cuando le mandaron contra Méjico

La España oficial, la España absolutista, la España imperialista, la España a la que le estorba la Constitución del Reino, la España que no quiere someterse a la suprema soberanía popular — única soberanía suprema y que no admite otra sobre ella —, esa España ha estado más de una vez conspirando contra la independencia portuguesa. Y esto no lo olvidan ni pueden olvidarlo en Portugal. Y eso no se borra con frases, ni con saludos, ni con distinciones puramente honoríficas; eso se borra con actos de otra clase.

En Portugal saben muy bien a qué atenerse respecto a las recientes manifestaciones de sim-

patía y de respeto hacia él por parte de la España oficial, y saben que eso no es sino arrepentimiento forzoso.

Cuando aquí se creyó que la República portuguesa estaba anarquizada, pensóse en intervenir en ella, y los más rabiosos enemigos hoy de la intervención a favor de los aliados — entre los que está Portugal —, pensaban entonces repetir lo que el tercer Duque de Alba hizo bajo Felipe II. En las más altas esferas de la España oficial, enloquecida a las veces de imperialismo absoluto, se pensó en atentar contra la plena independencia portuguesa.

Y Portugal ha ido a la guerra a defender la causa sagrada de la independencia de las pequeñas naciones. Sabía que si Alemania se anexionaba Bélgica y Austria se anexionaba Serbia, no tardaría la España imperialista, agermanada, en tratar de anexionarse Portugal.

Debajo de esa insensatez de que Portugal no es más que una colonia inglesa — desatino que repiten de carretilla aquí los que no conocen ni Portugal ni Inglaterra —, no hay sino el despecho de que Inglaterra, protegiendo la plena independencia portuguesa, impida que someta la España oficial a su desgobierno absolutista la pequeña república ibérica.

Hundida la vergonzosa dinastía brigantina, el Portugal republicano se convirtió en un peligro para el régimen de arbitrariedad anti-constitucional en que está cayendo España. Era un ejemplo y una advertencia; era un reproche.

La unión moral ibérica sólo puede establecerse bajo un régimen de voluntad nacional, de soberanía popular. Y a este régimen se opone la germanofilia española disfrazada de neutralidad incondicional y a todo trance y costa.

Portugal enseña hoy el camino a España.

A un tiempo estuvo la España imperialista del pasado en guerra con Portugal y con Cataluña. Retuvo a ésta y perdió a aquél. Y Portugal, el Portugal republicano de hoy, lucha en la defensa de la independencia de las pequeñas nacionalidades y lucha a la vez por incorporarse, por encima de la España oficial y absolutista y arbitrarista, a la historia de la humanidad civil, de la democracia europea.

Y si nuestros mal aconsejados imperialistas, si nuestros agermanados absolutistas, si los que han querido forjar una triste España pretoriana



y de poder personal, quieren mostrar que es sincero y no fingido su arrepentimiento de los tenebrosos propósitos que respecto a la República portuguesa abrigaban, y aun de las conspiraciones que contra ella tramaban, no les queda otro recurso que apoyar decididamente a Portugal en su lucha contra el imperialismo conculcador de la libre voluntad de los pueblos. Sin esto, todo eso de armonía ibérica no es sino hipocresía, la hipocresía del zorro que dijera: « ¡están verdes! ».

Pero la República portuguesa sabe bien cuáles son sus verdaderos, sus únicos amigos sinceros en España. Y en Portugal saben bien cuál es el único medio de establecer sobre sólidas bases la unión moral, la suprema unidad acaso, la confederación de todas las naciones ibéricas.

España está obligada moralmente y en reparación de los insidiosos propósitos de su gobierno de hace pocos años, a romper la neutralidad para apoyar a Portugal en su lucha por la independencia de las pequeñas nacionalidades.

MIGUEL DE UNAMUNO

